

LA PERSONA DE BLAS INFANTE

Fernando Quiñones

«LAS CABAÑUELAS DE AGOSTO», de Antonio Burgos. Premio Ateneo de Sevilla, 1982. Edit. Planeta. Barcelona, 82. 245 páginas. 600 pesetas.

LA instauración y la caída de la Segunda República Española, vividas a través de dos familias sevillanas, burguesa la una y más opulenta que aristocrática la otra, componen el meollo de la novela que se ha alzado con el último premio Ateneo de Sevilla.

Destreza y soltura narrativas, junto a un afán de fidelidad reconstructora de «aquella absurda historia» sangrienta, en la que se reflejó la de toda España, privan en la narración y aventajan a la entidad humana y psicológica de la mayoría de sus personajes. En todo caso, la estereotipada convencionalidad de algunos caracteres, como el de los protagonistas Paco y Guido, podrían ser también un intencionado

aunque peligroso procedimiento, un recurso acaso del avispado narrador que es Antonio Burgos, para convertir a esos personajes en completos, lisos espejos o paradigmas de la situación general, que es la auténtica protagonista de la novela, en la que todas sus criaturas, unas más que otras, propenden a ser, sobre todo, símbolos sociales.

Aborda Burgos su empresa narrativa —ciertamente comprometida y difícil— desde un triple emplazamiento de cámara: el mundo de Guido Flores, el de Paco Fuentes y el del propio narrador dirigiéndose a ambos, con preferencia en segunda persona y como desde el presente. Sin que flaqueen las acotaciones ni los pasajes descriptivos,

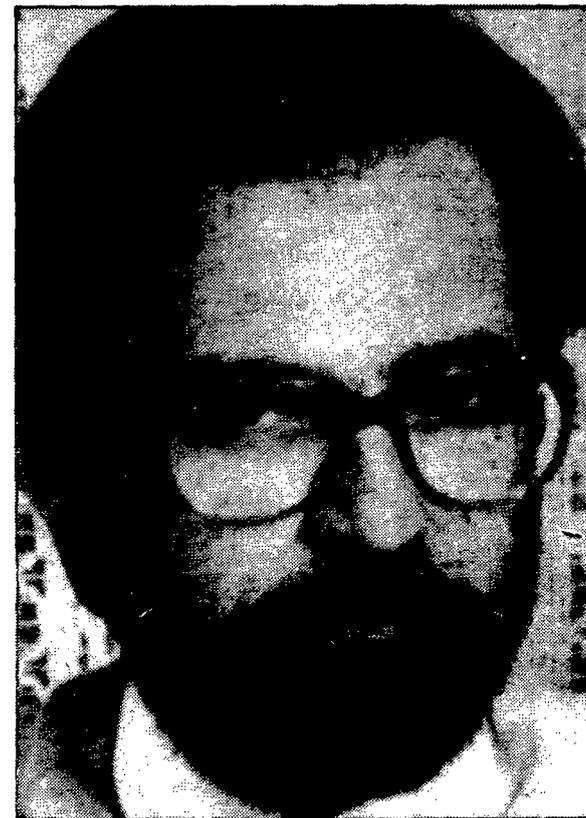
es acaso en la vivacidad, fluidez y propiedad de los diálogos donde funciona con mayor fuerza ilustrativa la instalación de los datos históricos, cuyo acarreo —que se muestra rico y se adivina paciente y esmerado— en contadas ocasiones surge como superpuesto fruto de la investigación, y en casi todas aparece integrado al cuerpo narrativo de una manera natural.

La rígida y secularizada estratificación de clases, su batalla sorda o manifiesta, los motivos del pueblo y las motivaciones del señorío, cuanto por fin le abrió la puerta al desastre del 36, va siendo

situado por Antonio Burgos sobre el papel con mano calurosa, pero no exaltada ni impaciente, mediante secuencias de muy diversa índole —dos líneas de la novela resultan a veces más reveladoras que dos páginas— y sin asomo de demagogia, suplida por más eficaces y sentidos dolor y desconcierto, lo bastante distanciados, sin embargo, como para no caer en inoportunos y enojosos lirismos, sentimentalismos o invectivas.

Se muestra claro el talante crítico de la novela, condenatorio de la ralea «señorita» y ya expreso por el excelente poema a Don Guido, de Antonio Machado, que encabeza la narración en largo epígrafe.

Después de las primeras cuatro páginas, realmente impresionantes y que consisten en el testimonio literal de la criada de los niños de don Blas Infante, documento grabado por el autor en junio de 1976, la presencia en el libro —presencia inter-



Antonio Burgos es un avispado narrador.

mitente y siempre fugaz e indirecta— de la persona del gran andalucista confiere interés y aroma a toda la novela, cuya conclusión, en cierto modo sorprendente, nos remite al comienzo testimonial de la inmolación de Infante, en la que participa la mano armada del Guido heredero del Don Guido ma-

chadiano. La elipse, como su palmaria y amplísima significación (no ya solamente sevillana ni andaluza, sino nacional y aun con cabos universales), están logradas, y el factor sorpresa abrocha bien la narración, primera al parecer de una serie, según alusión en su portadilla.